

Bibliografía

Notas bibliográficas

A PROPÓSITO DEL *ANNUS FIDEI*. ALGUNOS LIBROS EN TORNO A LA FE DE INTERÉS PARA LA TEOLOGÍA FUNDAMENTAL

CORDOVILLA, A., *Crisis de Dios y crisis de fe. Volver a lo esencial* (Sal Terrae, Cantabria 2012); 182 pp.; ISBN: 978-84-293-2012-1. SEBASTIÁN, F. *La fe que nos salva. Aproximación pastoral a una teología fundamental* (Sígueme, Salamanca 2012); 510 pp.; ISBN: 978-84-301-1810-6. SWINBURNE, R., *Fe y razón* (San Esteban, Salamanca 2012; orig. ²2005, ¹1981); 309 pp.; ISBN: 978-84-8260-270-7. CRIADO, M. A., *La fe. La teología de Juan Alfaro* (Secretariado Trinitario, Salamanca 2012); 547 pp.; ISBN: 978-84-96488-56-4.

La celebración del *Annus fidei* convocado por Benedicto XVI y que comenzó el 11 de octubre de 2012 ha ido acompañada de la publicación de no pocos estudios en torno a la fe por parte de distintos autores de diferentes áreas lingüísticas. Los horizontes y los modos desde los cuales han abordado esta cuestión han sido numerosos y variados. Hemos tenido así, con vistas a la elaboración de esta Nota, que hacer una selección a partir de un determinado criterio, que no ha sido otro que el de limitarnos a algunos libros editados en español en el período de 2012-2013 los cuales, de modo más o menos directo, interesan a la teología fundamental —aunque en ocasiones sobrepasen lo que es propio de esta disciplina—. No obstante el anterior criterio, se trata de estudios bastante diferentes entre sí.

El primero de ellos corresponde a A. Cordovilla (*Crisis de Dios y crisis de fe...*), actualmente director del Departamento de Teología Dogmático-fundamental de la Facultad de Teología de la Universidad Pontificia de Comillas y profesor de la misma. Éste, consciente de que el cristianismo vive hoy dentro de una “nueva situación cul-

tural” en cuyo interior acontece una profunda “crisis de fe”, considera necesario “buscar una nueva gramática de dicha fe desde la recuperación de sus elementos esenciales” (14). No pretende inventar contenidos nuevos, sino recuperar los rasgos fundamentales de la fe cristiana y presentarlos dentro del marco del mundo actual, guiándose principalmente por las enseñanzas del Magisterio reciente de la Iglesia y apoyado en reflexiones de teólogos de renombre.

Para realizar esta labor, considera adecuado reflexionar primero sobre el escenario cultural de fondo en el cual los cristianos estamos llamados a testimoniar el Evangelio de Jesucristo. Así, se refiere a la cultura como realidad intermedia y mediadora entre el hombre concreto que actúa y las estructuras sociales que surgen de esa actuación, una realidad aquélla que, lejos de ser neutra, encierra siempre una dimensión moral y una relación, del tipo que sea, con el misterio de Dios. Por lo que se refiere a la cultura actual, ésta se encuentra en una nueva “encrucijada” que presenta cuatro rasgos a destacar: profunda secularización, relativismo, primacía de la imagen, renacimiento del sentimiento religioso amenazado por el fundamentalismo.

Este resurgir del sentimiento religioso está, no obstante, impregnado de un mosaico de imágenes de Dios. “Dios ha vuelto” (50) a ser actual (al menos como cuestión), pero es un Dios en ocasiones ajeno y extraño al hombre, en ocasiones incluso “domesticado” (54) por él, un Dios que no es el Dios revelado en la historia y confesado por la fe cristiana. Ésta debe, por ello, desde dentro de esta cultura profundamente separada del Evangelio, discernir esas imágenes y purificarlas, de modo que resplandezca la auténtica realidad del Dios trinitario que “ha querido revelarse y darse a nosotros en la carne de su Hijo y comunicarse en el don del Espíritu” (84).

Analizado ya el escenario cultural, dos cuestiones se plantea el autor: ¿en qué consiste ser cristiano? (dimensión objetiva); ¿cómo ser cristiano? (dimensión subjetiva). Responde que la existencia cristiana consiste en la experiencia o el “encuentro y la comunión con Cristo y desde él con Dios en la unidad de su Espíritu” (106), vida dentro del “tejido eclesial” y donde la misión evangelizadora busque con audacia alcanzar “relevancia social”. Este encuentro, en el cual siempre hay una “precedencia de la presencia de Dios en nosotros” (113), es siempre personal, mas no inmediato ni solitario, sino en virtud de una mediación comunicadora e interpretadora de la Palabra de Dios como realidad viva (Tradicición eclesial), realizada sacramentalmente (dimensión histórico-corporal-litúrgica de la gracia) y compartida comunitariamente (dimensión apostólico-eclesial). Inseparablemente unida a la fe destaca Cordovilla “el primado de la caridad cristiana”, una caridad que tiene su fundamento en el misterio de amor intratrinitario.

Es desde el centro de tal misterio como nuestro autor esbozará ulteriormente una “pastoral de la caridad” que busca intencionadamente evitar el fideísmo, el sentimentalismo y la especulación abstracta. ¿Cómo lo hace? Centra su mirada en Jesucristo, en cuya persona el autor destaca y analiza una doble dimensión: la antropológica como camino, la escatológica como horizonte. La tesis central es que no es posible el ejercicio de la caridad cristiana ni delante de ni al margen de Cristo (por tanto —dirá— tampoco de su Iglesia), sino en él y desde él como modelo, funda-

mento y razón de nuestra esperanza: “Al final de la historia está el juicio del mundo como la acción salvífica y consumadora del Juez de la historia” (175), quien “entregará y devolverá de nuevo el Reino al Padre” (178).

Concluyendo, considero que el profesor Cordovilla ha realizado un noble y valioso esfuerzo por pensar la esencia de fe cristiana vivida en el mundo de hoy: su finalidad es inseparablemente doctrinal y pastoral. No estamos, pues, ante un *analysis fidei*. Usando un estilo ágil, las dimensiones trinitaria, cristológica, eclesial, antropológica y escatológica de la fe son presentadas de modo sencillo y claro, que no simplicista y superficial, buscando un lenguaje que sea comprensible para muchos cristianos que quieran profundizar en su identidad y misión, y evitando en no pocas ocasiones las largas exposiciones y el uso de términos y de expresiones teológicas extrañas para el mundo no académico. El precio a pagar por ello es el uso, en algunas ocasiones, de categorías centrales para la teología actual sin acompañarlas de una justificación y explicación suficiente (por ejemplo, la de “experiencia”; cf. 92s). Las citas usadas, principalmente del Magisterio reciente pero también de diferentes teólogos y pensadores (sobre todo contemporáneos) nos parecen en general correctas en número y extensión para un libro de esta naturaleza. Su interpretación del mundo y de la cultura actual puede ser en algunos momentos discutidos. No así, considero, su lúcida exposición de la esencia de la fe cristiana: fe personal y eclesial en el Dios de Jesucristo.

También de carácter teológico fundamental-pastoral es el libro de Mons. Sebastián (*La fe que nos salva...*), arzobispo emérito de Pamplona y Tudela, antaño docente, decano y rector de la Universidad de Salamanca. Esta doble faceta, la teológica y la pastoral, atraviesa el libro que presentamos, como ya denuncia el título del mismo. No es algo casual, pues el autor entiende que el estudio de la fe (teología fundamental) tiene que llevar al anuncio de la fe (teología pastoral). Se trata una reflexión cuya intención última es “ayudar a los lectores a descubrir y valorar lo que es la fe cristiana, allanarles el camino para alcanzar la realidad de la fe con la facilidad y el gozo de quien entra en su propia casa” (10).

Es sabido que una corriente importante de la teología fundamental contemporánea asume lo que se ha denominado como “giro antropológico”, arrancando su reflexión desde un ámbito antropológico-epistemológico centrado en la cuestión de la verdad y del sentido, sin que ello suponga negar el primado teológico de la revelación. Nuestro autor se suma a esta corriente, de modo que el libro comienza, por decirlo así, con una fenomenología de la existencia humana que busca descubrir y analizar algunas notas esenciales de nuestro ser: la inquietud existencial, la percepción del ser, la experiencia de la contingencia, el carácter misterioso de la vida y, sobre todo, las cuestiones de *por qué* somos y *qué* somos realmente. Estas preguntas abren a la cuestión “acerca de la existencia de un Ser primordial creador de cuanto existe” (36). A ello está dedicado el siguiente capítulo, que comienza con una demostración de la existencia de Dios que sigue implícita pero claramente la tercera vía de santo Tomás, y en la cual el autor, movido seguramente por el carácter accesi-

ble que quiere dar a su libro, evita en lo posible el uso de una terminología y una metodología metafísica rigurosa. Desde aquí, y siguiendo de nuevo al Aquinate, define a Dios como *Ipsum esse subsistens* y sonsaca alguno de sus atributos. Las categorías de *potentia oboedientialis* o *desiderium naturale vivendi Deum*, sin estar formalmente expresadas, subyacen en el discurso y lo fundamentan. Se incluye también una dura crítica al ateísmo.

De la teología natural el autor pasa a la teología revelada, esto es, a la exposición y reflexión sobre el Dios confesado por la fe cristiana. Un Dios que, por puro amor, se ha donado y revelado en la historia y cuya respuesta humana adecuada es el don de la fe, que para el cristiano no es sólo ni primariamente la mera aceptación de “un sistema de verdades”, sino ante todo “el abrazo del hombre a Dios en el conocimiento y la adoración de nuestro Señor Jesucristo, como Hijo de Dios y salvador universal” (153). El autor narra los principales momentos y los rasgos esenciales de esta revelación y de la fe que la acoge, tanto la veterotestamentaria como la neotestamentaria, y cuyo culmen y consumación es Cristo. Es de destacar que Mons. Sebastián, sensible a la teología actual, dedique un punto a reflexionar sobre la “conciencia” (mejor que “visión”) filial de Jesús y su fe, que es “connatural, perfecta, consumada, pero es una fe realmente humana” (139).

Siguiendo el orden lógico de no pocos tratados de teología fundamental, el cuarto capítulo corresponde a un *analysis fidei*. Su posibilidad, su racionalidad y su necesidad —sin comprometer la sobrenaturalidad y la libertad— para la realización-salvación plena de la propia humanidad son cuestiones abordadas por el autor, quien subraya además su carácter dinámico, afectivo (que no sentimentalista) y experiencial-verificativo (frente a excesos intelectualistas). No faltan aquí las críticas a los extremismos tanto de Lutero como del racionalismo. Se incluye una rápida exposición sobre los signos de la fe y una reflexión acerca de los frutos y las cualidades de ésta. Algo más extenso es el tratamiento de la relación entre la fe y la razón —y donde el adversario es el cientificismo—, que “se enriquecen mutuamente y engrandecen armoniosamente la vida del hombre” (240), así como un esbozo de teología cristiana de las religiones —aquí el adversario es el relativismo y pluralismo religioso.

No descuida el autor la eclesialidad de la fe (el carácter personal de ésta no significa individualismo de la fe). Ello conlleva dos cosas: que el sujeto primero y principal de la fe es la Iglesia, la cual no sólo conserva y transmite la *fides quae*, sino también la *fides qua*; que la fe personal es siempre eclesial, comunitaria. Se alude al Espíritu Santo como realidad personal que sostiene, anima y guía a la Iglesia, al papel esencial de la Tradición dentro de ella, así como una breve explicación de la naturaleza y la misión del Magisterio eclesial, en donde se descubre el interés del autor por defender y promover la unidad de la Iglesia. Aborda también un tratamiento de los sacramentos y en general de la liturgia. Aquí resurgen las críticas a Lutero y al protestantismo (en especial su mentalidad cosista y su infravaloración de aquéllos). Nuestro autor no sólo explica el origen y la naturaleza de los sacramentos, sino también su necesidad, insistiendo en que no existen la fe y *además* los sacramentos, como si fuesen “dos vías diferentes de salvación y santificación”, sino que se

trata de “dos momentos de una misma economía de salvación” (277) que se reclaman mutuamente.

Tomando como fuente principal la Escritura, defiende Sebastián el carácter absolutamente gratuito a la vez que libre (moral) y personalizador de la fe, una personalización que tiene carácter crístico-filial y trinitario, y que nos abre a las realidades vivas y vividas del amor y la esperanza. Se entiende así su afirmación de que, con persecución o sin ella, “toda vida cristiana es martirial” (316).

Ciertamente el libro podría terminar aquí, pues quedan abordados no pocos de los temas esenciales de una teología fundamental. No obstante, el autor está interesado en no descuidar la finalidad moral y pastoral de su escrito, y ello explica que dedique dos capítulos más a tratar la relación entre “Fe y cultura” y “Fe y política”. El primero se podría resumir, frente a un “laicismo ilustrado” (358), con el axioma “la fe se hace cultura y es cultura” (356), sin que ello implique disolverse en la cultura. El segundo, decimos, mira a la política, y de nuevo frente a un laicismo del Estado que relega la fe al ámbito de lo privado, se defiende una visión política “pluralista o democrática” que defienda el respecto a la fe libremente vivida y confesada, privada y públicamente, y en la cual la fe (la Iglesia y el cristiano) tiene el derecho y el deber de aportar verdades religiosas y morales necesarias y beneficiosas para la vida socio-política. En gran medida, estamos ante una exposición muy sintética de la doctrina social de la Iglesia en clave política.

En definitiva, a pesar de la gran cantidad de cuestiones tratadas en torno a la fe no estamos ni ante un manual ni ante un tratado de teología fundamental, sino ante un autor hondamente celoso de dar testimonio de la solidez y coherencia de la fe cristiana en el mundo de hoy pero sensible a las dificultades que esto conlleva. Ello explica el tono del libro, reflexivo a la vez que pastoral, casi homilético; también el ritmo fluido y ágil, a lo cual ayuda el uso de un lenguaje sencillo, la renuncia a una terminología teológico-académica y la escasa utilización de notas a pie de página. Un libro muy recomendable para todos aquellos que quieran (re)descubrir los fundamentos teológico-antropológicos de su fe así como el modo de vivirla (testimoniarla) en el mundo de hoy.

El siguiente libro que presentamos, *Fe y razón*, de estricto carácter filosófico, tiene por autor a R. Swinburne (Staffordshire, 1934), cristiano ortodoxo y profesor emérito de filosofía de la religión cristiana en la Universidad de Oxford. Editado por primera vez en 1981, fue reeditado con modificaciones en 2005, cuya traducción al castellano en 2012 es la que traemos aquí. Sobra decir que su publicación es totalmente ajena a la proclamación del Año de la fe, aunque aporta su contribución a éste. Es el volumen que cierra la —al menos hasta día de hoy— trilogía de filosofía del teísmo, siendo los otros dos *The Coherence of Theism* (a. 1977, sin traducción al español) y *La existencia de Dios* (a. 2011; orig. 2004).

Formado intelectualmente en la filosofía analítica del lenguaje cultivada en Oxford, Swinburne ha tomado como objeto principal de su investigación la teología racional, y ésta abordada más desde un punto de vista lógico y epistemológico que me-

tafísico. En este horizonte filosófico se sitúa *Fe y razón*, cuya pretensión esencial es analizar qué significa que una creencia sea racional, esto es, analizar la racionalidad de las creencias, de modo singular las religiosas. El libro, hemos de reconocerlo, no es de fácil lectura para aquéllos que desconozcan la filosofía analítica y la filosofía de la religión en general —desde luego, no entra en el género de la divulgación—, aunque, a mi juicio, no tiene el grado de dificultad de *La existencia de Dios*, algo más complejo.

Metidos en él, las bases lógico-epistemológicas de la creencia *in genere* las encontramos expuestas en los dos primeros capítulos. Usando como vía el argumento de probabilidad inductiva o lógica, afirma que la creencia es relativa a alternativas, y lo formula así: “*S* cree que *p* si y sólo si cree que *p* es más probable que cualquier alternativa” (18) —sea ésta alternativa la que sea (no-*p* o cualquier otra)—, y ello fundado en que cree que la evidencia antecedente total de la que dispone (las llamadas “proposiciones básicas”, que son de distintas clases y que no dependen de nuestra voluntad) hace *p* más probable que cualquier otra alternativa. Ahora bien, no toda creencia es racional. Siguiendo la teoría internalista de la justificación (nuestro autor es contrario al externalismo epistemológico —por ejemplo el de Plantinga—, del cual dirá que “no tiene futuro”; 92), defiende que una creencia es racional “si y solo si se basa en la propia evidencia total que la hace probable” (67). El filósofo oxoniense reivindica así que las creencias verdaderas son las justificadas en un sentido internalista (racionalidad_{1, ..., 5}), ya sea en un sentido subjetivo u objetivo, sincrónico o diacrónico. Dentro de éstas, eleva a la condición de creencias (muy probablemente) verdaderas a aquellas que surgen de una creencia racional₅, esto es, a partir de una justificación internalista diacrónica objetiva. Esta es la tesis central de Swinburne.

Establecido lo anterior, da un paso más y analiza no ya la creencia *simpliciter*, sino la creencia *religiosa*. Frente a una mentalidad relativista, defiende que todo hombre está moralmente obligado a investigar adecuadamente la cuestión acerca de si hay o no Dios, así como qué tipo de salvación ofrece ese Dios —si lo hubiera— “para tener una creencia tan probablemente verdadera como sea posible” (102) y, por ello, saber cómo vivir de manera correcta y poder difundir dicha creencia. En este sentido, me parece acertada su crítica a determinados pensadores que han considerado que esta investigación y argumentación religiosa (principalmente la que ofrece la teología natural) carece de sentido (Kant, Kierkegaard, K. Barth, J. Hick). La meta de tal investigación es alcanzar una creencia racional₅ sobre religión, algo que Swinburne buscará mostrar respecto del cristianismo en los capítulos finales del libro.

El siguiente paso se centra ya en las religiones. ¿Qué religión seguir? Comencemos señalando su —a mi juicio muy discutible— comprensión de la religión como “sistema que ofrece la salvación” (cf. 180), y que incorpora dos elementos esenciales: un “camino religioso” (estilo de vida) y un credo (sistema doctrinal), ambos estrechamente relacionados, pues el credo contiene formulado lo esencial del camino (de aquí emana la crítica de Swinburne a la tesis pluralista del “idéntico valor salvífico de las religiones”, de J. Hick). Así, afirma que “es bueno seguir el camino de una religión en la medida en que la investigación muestre que el credo de esa religión es probable-

mente verdadero” (187), esto es, en la medida en que se pueda obtener una creencia racional₅ sobre su probabilidad relativa. Por tanto, y con ello, la creencia de que es más probable que dicho credo sea verdadero que el de cualquier credo alternativo rival (cf. 220). A este respecto, dado que una creencia racional₅ exige una investigación adecuada y que en la actualidad hay posibilidad de conocer un gran número de credos religiosos, el último capítulo incluye unas sugerencias del autor acerca de cómo concentrar los esfuerzos para, por decirlo de algún modo, evitar caer en un procedimiento inquisitorio sin fin.

De modo especial, Swinburne explica los elementos anteriores dentro de la religión cristiana (comparándolo con el de algunas otras religiones, principalmente el budismo). No obstante, a mi juicio, tales explicaciones poseen un cierto aroma supererrogatorio y son, al menos en ocasiones, pobres y desatinadas. Por poner un ejemplo: al explicar lo propio del “camino cristiano” (cf. 182-5) ¿no aparece ni una sola vez mencionada la persona de Jesucristo! En todo caso, el autor intenta mostrar y justificar por qué las metas ofrecidas por la religión cristiana son buenas y además mejores que, por ejemplo, las del budismo y el judaísmo primitivo, que “no son tan buenas” (216), así como por qué la salvación que ofrece aquélla “es un poco mejor que la ofrecida por el islam” (217). Reflexiona igualmente sobre el Credo cristiano (incluyendo también la doctrina cristiana) para mostrar no si es o no verdadero (ello va más allá del análisis filosófico), sino sólo que, si es verdadero, posee los recursos para explicar las razones por las que seguir el camino cristiano lleva a alcanzar las metas propuestas por éste. Por decirlo de otro modo, que no hay una fractura lógica entre medios-fines.

Valorando ya la obra, es claro que Swinburne, junto con otros filósofos analíticos de la religión (fundamentalmente de ámbito anglo-americano), tiene el mérito indiscutible de haber reavivado la reflexión filosófica sobre el problema de Dios y la religión, y ello con una mirada positiva que reivindica la necesidad y la posibilidad de justificar epistemológicamente la creencia o fe (¿quién se lo iba a decir a los analíticos de la primera mitad del siglo XX!). En este sentido, combate los extremos del evidencialismo y del fideísmo, situando la creencia (fe) en una vía epistemológica media o moderada (inspirada en la “argumentación cumulativa” newmaniana, y similar en parte a la de B. Mitchell): la de la evidencia probable pero no concluyente. Los minuciosos y precisos análisis lógicos sobre la creencia que elabora contienen ciertamente elementos muy sugerentes y estimulantes para una teología fundamental, pero también —siempre a mi juicio— algunos límites, fundamentalmente tres: la escasa atención a la dimensión metafísica de lo real; se prioriza en exceso el momento lógico de la inteligencia (en detrimento de otros); y se aprecia en ocasiones, aun desde una contemplación meramente filosófica, una reducción de la naturaleza de la revelación cristiana y de la correspondiente fe (por ejemplo, algunas de sus reflexiones sobre la fe en el cristianismo primitivo resultan no sólo teológica, sino también filosóficamente reducidas y desacertadas; cf. 174-6).

Nuestro último libro (*La fe. La teología de Juan Alfaro*) se sitúa por derecho propio dentro de la teología fundamental. Se trata de un estudio monográfico sobre

la teología de la fe en J. Alfaro (1914-1993), jesuita español y reconocido teólogo que durante casi cuarenta años ejerció la docencia en la Universidad Gregoriana de Roma. No estamos ante una investigación propia de una teología dogmática (*fides quae*), sino como decíamos, de una teología fundamental, esto es, una reflexión teológico-sistemática sobre el acto de fe (*fides qua*) en la obra de J. Alfaro, la cual se extiende desde su tesis doctoral *Lo natural y lo sobrenatural según el Card. De Vio, Cayetano* (a. 1950) hasta su último libro *De la cuestión del hombre a la cuestión de Dios* (a. 1988). La razón de ser de este volumen la explica el propio Criado cuando sostiene que hoy día “hay una gran escasez de *manuales* sobre la fe y de *reflexiones sistemáticas* sobre la misma” (15), por lo cual considera necesario y urgente profundizar sobre dicho acto (desde los ámbitos bíblico, sistemático y antropológico) a fin de lograr una inteligencia de “lo que significa creer a Cristo y por Cristo a Dios” (17). En este sentido, encuentra en J. Alfaro —de ahí su opción por él— una referencia muy útil y valiosa para la actual teología de la fe, pues efectivamente es uno de los teólogos del siglo XX que con mayor rigor, profundidad y amplitud se ha ocupado de esta cuestión. Tengamos también en cuenta que, por el abanico de años que abarca el *corpus* de Alfaro —cuyo evento eclesial más relevante es el Vaticano II—, el estudio de Criado permite apreciar la feliz evolución que se ha ido produciendo en la teología de la fe del teólogo jesuita.

Presentada brevemente por S. Pié-Ninot y acompañada de una introducción y de un primer capítulo dedicado a presentar ciertas características de la teología de J. Alfaro así como sus principales obras sobre la fe, el libro expone su *theologia fidei* siguiendo una marcada estructura tripartita: bíblica, sistemática y antropológica, y rematándolo con una conclusión. La metodología seguida es analítico-sistemática, con excepción de la conclusión, que busca ser sintético-propositiva. No se limita Criado a la mera exposición positiva y ordenada del *corpus* de Alfaro sobre la fe, sino que aquélla va acompañada ya de una interpretación, como interpretativa es también la articulación dada al mismo libro, una articulación, hay que decir, que no es arbitraria, sino que intenta responder a la idea de la fe de Alfaro. Es de agradecer el recurso frecuente de Criado a distintos teólogos anteriores, contemporáneos y posteriores a Alfaro, con el fin de cotejar su teología de la fe con la de aquellos otros. Este proceder otorga al libro un cierto e interesante carácter de diálogo diacrónico intrateológico entre Alfaro y otros teólogos relevantes (católicos o no) a la vez que, indirectamente, sirve para expresar el carácter eclesial y comunitario que debe tener toda labor teológica. Así, Agustín, Tomás, Bultmann, De Lubac, Aubert, Rahner, pero también otros autores más recientes como Fisichella, Dulles, Arduzzo —por citar los más recurridos— son citados con frecuencia. El lector agradecerá también el amplio y cuidado cuerpo de notas, en el cual se han incluido, entre otras cosas, muchos de los textos de Alfaro en la lengua original en que fueron escritos por éste (latín, italiano y español).

La primera parte del libro, la sección bíblica, es extensa y cuidada, fiel, pues, a la paciente metodología seguida por el mismo teólogo jesuita, como reconoce Criado: “Uno de los aspectos que caracterizan la obra de Alfaro es la valoración de la Sagrada Escritura” (47). Este paso previo y mirada permanente a la Escritura no es nin-

guna obviedad. A mi juicio, por desgracia para la teología de la fe, algún que otro tratado teológico contemporáneo sobre ésta hace un recurso bastante escaso de la Escritura, de modo que uno termina por preguntarse de qué fe le están hablando. No es así en Alfaro, decíamos, que aborda esta dimensión con aportaciones y novedades importantes, siendo Criado sensible a ello, como refleja el hecho de que dedique ciento veinte páginas a analizar esta dimensión de la fe en el teólogo jesuita.

La parte sistemática es la más amplia del libro. Aspectos de la fe tales como su naturaleza, su carácter crístico-trinitario, su sobrenaturalidad a la vez que su libertad, su obscuridad, su eclesialidad y su praxis son estudiados con orden y detenimiento a lo largo de la obra teológica de Alfaro. Dentro de esta parte, merece una atención especial para Criado el estudio de la “racionabilidad” de la fe. Insistir en esta propiedad denota el, a mi juicio, acertado interés de Alfaro, bien recogido por Criado, por mostrar entre otras cosas la intrínseca credibilidad de la revelación, y en donde se recoge la discutida cuestión de los signos de credibilidad, que como sabrá todo estudioso de la cuestión evolucionó fecundamente dentro del ámbito teológico, aunque no sin sudores, a lo largo de los casi cien años que transcurrieron entre el Vaticano I y el Vaticano II. Ahora bien, esta mirada analítica a la fe, siendo imprescindible en un *De Fide*, es no obstante insuficiente para Alfaro, pues debe ir acompañada necesariamente de su momento sintético o estudio de “la fe como totalidad concreta”, ya que lo contrario supondría “la desestructuración del acto de fe y el no captar la unidad de su estructura interna” (483). Criado toma buena cuenta de esto.

Finalmente, la dimensión antropológica de la fe, tratada en la tercera parte, tiene entre otras la preocupación de mostrar cómo Alfaro, sensible a las corrientes filosóficas y teológicas del momento, fue incorporando con el paso de los años a su teología de la fe la reflexión antropológico-filosófica, que alcanzó su cumbre en *De la cuestión del hombre a la cuestión de Dios* (a. 1988). Y es que, como bien señala Criado, la correlación hombre-Dios fue el “*bilo conductor* el pensamiento de Juan Alfaro” (403). A mi juicio, en esta parte del libro es donde mejor se aprecia la originalidad de Alfaro, bien recogida por Criado.

No hay duda de que nos encontramos ante el estudio más completo y profundo realizado a día de hoy sobre la teología de la fe de J. Alfaro. En un mundo como el actual, marcado por el relativismo, el pluralismo, la secularización y la crisis de fe, el autor cumple con eficacia el propósito que se había establecido: mostrar cómo Alfaro supo ofrecer una reflexión amplia, rica y profunda, en algunos aspectos también original, en torno a la fe, una reflexión que no es gratuita, toda vez que para nuestro teólogo la fe es no ya *una* opción fundamental, sino *la* opción “fundamental, total y permanente, que imprime una orientación nueva y definitiva a la existencia” (491).

Al terminar esta Nota, conscientes con Benedicto de XVI de que “la verdadera crisis en el mundo de la Iglesia es una crisis de fe” (*Discurso en el Seminario de Friburgo* el 24 de septiembre de 2011), considero que estos libros aquí presentados pueden, cada cual a su modo, contribuir a recuperar el carácter singular a la vez que fundamental y radical de la fe cristiana. Si la teología fundamental no tiene esto entre

una de sus finalidades esenciales, entonces no sólo no será ya *fundamental*, sino que ni siquiera será *teología*.

Marcos Cantos Aparicio

PROTAGONISTAS DEL CONCILIO VATICANO II

RONCALLI, A. G. – MONTINI, G. B., *Lettere di fede e di amicizia (1925-1963)*, a cura di L. F. Capovilla e M. Roncalli (Quaderni dell'Istituto 32; Istituto Paolo VI – Studium, Brescia – Roma 2013), 310 pp., ISBN 978-88-382-4212-0. SALE, G., *Giovanni XXIII e la preparazione del Concilio Vaticano II nei diari inediti del direttore della "Civiltà Cattolica" padre Roberto Tucci* (I libri della "Civiltà Cattolica"; Jaca Book, Milano 2012), 173 pp., ISBN 978-88-16-41176-0. MONTINI, G. B., *Un'ora nuova nella storia. Discorsi e scritti dell'arcivescovo sul Concilio*, a cura di G. Adoranto (Centro Ambrosiano, Milano 2012), 180 pp., ISBN 978-88-8025-876-6. MADRIGAL, S., *Tríptico conciliar. Relato – misterio – espíritu del Vaticano II* (Presencia Teológica 192; Sal Terrae, Santander 2012), 247 pp., ISBN 978-84-293-2032-9. COLOMBO, G., *Il Concilio Vaticano II. Discorsi e scritti*, a cura di I. Biffi (Jaca Book – Centro Ambrosiano, Milano 2013), 312 pp., ISBN 978-88-16-30525-0. BIFFI, G., *Don Giuseppe Dossetti. Nell'occasione di un centenario* (Cantagalli, Siena 2012), 68 pp., ISBN 978-88-8272-874-8. MARENGO, G., *Giovanni Paolo II e il Concilio. Una sfida e un compito* (Cantagalli, Siena 2011); 286 pp.; ISBN 978-88-8272-636-2.

El Instituto Paolo VI, dedicado desde hace años a la investigación sobre el rico patrimonio de escritos publicados e inéditos del pontífice de Brescia, en colaboración con la Fondazione Giovanni XXIII de Bérgamo, ofrece a los lectores una nueva edición del epistolario entre los dos Papas lombardos protagonistas del Concilio Vaticano II. Se trata de un volumen que completa la colección de cartas publicada en 1982, elevando considerablemente el número de textos publicados a 201 cartas. La introducción de Marco Roncalli (pp. V-XXXVI) presenta al lector el material distribuido en cuatro períodos cronológicos: la correspondencia entre Roncalli, delegado apostólico en Estambul, y Montini, sustituto de la Secretaría de Estado (1925-1938), consta de seis cartas; sesenta y cuatro son las cartas entre el nuncio en París y Montini, to-